

ta como muy social, muy espiritual".

Samper nos anuncia, que dentro de poco habrá una reunión de la alta dirección del movimiento artístico nacional para tratar el problema del artista es una dimensión socio política, ya que él considera que el artista tiene que participar en una política especial, "ya que de no ser así, nunca vamos a salir de la crítica situación en que nos encontramos.

"Siempre vamos a ser los payasos, los mariachis, etc. Porque quieran o no, somos parte de la cultura de El Salvador".

---

## Revista crítica

---

La Nación Internacional, del 8 al 14 de diciembre de 1983

---

5

# La narrativa salvadoreña

**Y**a alguien ha dicho que no hay una novelística salvadoreña. Y tal vez es cierto, si analizamos el quehacer literario de esta pequeña nación desde la rigurosidad de lo que es el arte narrativo y la labor de escritor. La creatividad de los escritores cuscatlecos se ha difundido en una proyección ambigua, dentro de lo que es la novela, y esporádica, dentro de lo que es la dedicación y producción constante. Se atribuye al colapso político de 1932 la razón de este fenómeno, en el sentido que amordazó a muchos escritores con cierto camino recorrido, y cortó el vuelo de otros que apenas surgían. No ocurrió así con la poesía, por tratarse de una forma de expresión menos directa.

De allí pues, la importancia de contribuir, desde esta Revista Crítica, al conocimiento de la narración salvadoreña como fenómeno total. A este efecto, Franco Cerutti ofrece una visión de la novela de El Salvador que comprende su historia y un recuento de los autores y obras más representativas, pasando por Gavidia y Salarrué hasta el célebre Manlio Argueta, quien desde hace más de una década vive y escribe en Costa Rica.

Por otra parte, Ramón Luis Acevedo (Puerto Rico) hace dos estudios de sendas novelas: *El Cristo Negro* (Salarrué) y *Barbasco* (Ramón González Montalvo), desde el punto de vista de la violencia generada en un país con características sociales muy particulares, aunque no tan distintas de las de otras naciones de la región. Para Acevedo, "la violencia, la confusión, la oposición entre colonizadores y colonizados... serán elementos constantes en la novela salvadoreña y en la realidad de El Salvador... hasta hoy".

Por su lado, Julián González se introduce en los laberintos de la novedosa obra de Manlio Argueta. *Un día en la vida* es un retrato del campesino salvadoreño actual enmarcado en el contexto de una sociedad en efervescencia. También es un canto de amor y reivindicación a un pueblo escindido por el golpe de la lucha armada. Sin lugar a dudas, Argueta es el escritor más importante de El Salvador en la hora actual, y quien por su voz clara y destreza formal ha sido traducido y difundido muy allá de sus fronteras.

# Panorama histórico de la novela salvadoreña

Franco Cerutti

6  
Los pocos críticos que se han dedicado al estudio de la literatura salvadoreña y que, desgraciadamente, no pasan de la media docena, se hallan de acuerdo en afirmar que el desarrollo de la novelística se revela, en aquel contexto, singularmente pobre. Sobre todo si lo comparamos con el florecimiento de la poesía y del ensayo que han alcanzado un nivel mucho más elevado (aun cuando, en Centroamérica, el país poético por definición queda siempre Nicaragua). Un análisis riguroso de las novelas salvadoreñas de este siglo —del anterior ni siquiera existen muestras— no puede sino confirmar las conclusiones de Juan Felipe Toruño, de Ramón Luis Acevedo, y de Horacio Castellanos Mora a quienes se deben —añadiré a Hugo Lindo que ocasionalmente, ha escrito acerca de Salarrué— la no muy copiosa información crítica relacionada con el tema. De hecho, mencionados Salarrué, Hugo Lindo, González Montalvo, Roque Dalton y Manlio Argueta, la lista está, prácticamente, agotada. De éstos, solamente uno, Manlio Argueta, disfruta de fama internacional, ha sido traducido a varios idiomas y ha merecido premios literarios fuera de su país. Pese a la presencia de algunos “menores” y de muchos “mínimos”, hasta un crítico empeñado en reconocer que “existe una literatura salvadoreña” —es decir una literatura caracterizada por “peculiaridades que perfilan lo que podríamos llamar su identidad nacional”— y en trazar de ella un enfoque no por sintético, falto de rigor, admite francamente que la novela de su patria constituye más una esperanza del porvenir que una realización del pasado.

Las explicaciones que se han ofrecido —mejor dicho, que no se han ofrecido— de tal incontrovertible fenómeno, distan mucho de ser satisfactorias. Las condiciones generales del país no han sido propicias, de acuerdo, al florecimiento del género; pero tampoco lo han sido en Guatemala o en Nicaragua donde, sin embargo, hubo y hay —sobre todo en Guatemala— una tradición novelística de envergadura. Por otro lado, la producción salvadoreña de ensayos y de obras historiográficas no es en absoluto desdeñable y ésta también, a diferencia de la poesía, requiere ciertas condiciones ambientales que se han dado sólo parcial y esporádicamente. Quedaría la hipótesis —o digamos la sospecha— de que el salvadoreño no tenga, o por lo menos no haya tenido hasta ahora, “vocación” de novelista, lo cual tampoco explica mucho y más bien debería ser a su vez explicado y analizado como particularidad espiritual. Juan Felipe Toruño asegura que en El Salvador “ha faltado el deseo, la dinámica, el amor para cultivar el género” lo cual le parece demostrado por la circunstancia de que “quienes se han dedicado a la novela desde los años de 1945 hasta acá, no lo han hecho mal: fallas de técnica hay, mas no ausencia de verismo y de sujetos en acción”. Sea de todo eso lo que fuera, nos hemos propuesto dar cuenta, aunque someramente, del de-

sarrollo del género: convendrá, pues, dejarse de generalidades y de hipótesis para ir registrando lo que se hizo, que si bien no es mucho sí se revela de muy elevado quilataje estético y ya empieza a perfilarse como una concreta realidad que no podemos ni debemos pasar por alto.

Si examinamos las pocas novelas anteriores a esta fecha de 1945 que fija Toruño, veremos que algunas obras narrativas se escribieron, aunque de mínima importancia y dignificación literaria. Roca Celis del Dr. Manuel Delgado, publicada entre 1906 y 1908, más que un relato novelístico ha sido juzgada “un embrollo jurídico”: es, sin embargo, la obra que aparece empezando el siglo e “indicando la senda”. Otra novela del autor es *Un crimen judicial* que permaneció inédita. Apunta el crítico a propósito de la primera: “No se trata del valor fundamental de ella, sino de lo que representa en el hilo cronológico e histórico de la producción novelística”. Está bien.

Más o menos a la misma altura se sitúan: *Cloto* y, más tarde, *Amalia*, de Abraham Ramírez Peña, *Don Eulalio*, novela costumbrista de Antonio Guevara Valdés; *Morera* del Dr. Rafael Reyes; *El vigía sin luz* de Julio Enrique Avila; *El señor de Moropala* de Lisandro Villalobos, “descripción con ribetes de censura al político mendaz”; *El indio Juan* del Dr. José Leiva; *El padrastrero* de Blanca Lydia Trejo; *Sor Clemencia* de Edgardo Salgado; *Dioses enemigos* y *La hija del estudiante* de Arturo B. Sánchez; *Trenes y hombres contra la muerte* de Miguel Angel Espino. Todas estas novelas —conviene dejarlo claro de una vez— no tienen algún mérito artístico (con la salvedad de las dos de Espino, influidas por la novela europea y que se han editado varias veces y leído bastante), lo cual es extraño si se piensa que en la misma época ya han escrito sus cuentos Arturo Ambrogi, Peralta Lagos, Herrera Velado y Rivas Bonilla; pero si tienen cierto valor histórico como muestra y documento de lo que, en el campo novelístico, se escribía en El Salvador en aquella época.

Un cambio radical, estéticamente hablando, se da sólo con la publicación de *El Cristo negro* (1927), primera novela de un joven escritor, Salvador Salazar Arrué, mejor conocido como Salarrué (1899-1973) que ya ha publicado sus excelentes *Cuentos de barro* a los que seguirán, años después, los no menos logrados *Cuentos de cipotes*. Pese al hecho de que fuera de su país apenas se le conoce, su influencia en la posterior novela salvadoreña es de los más significativo, puesto que de él arranca aquella tradición novelística que hoy ilustran los escritores de las nuevas generaciones, sobre todo Manlio Argueta. Además de los mencionados cuentos, Salarrué tiene a su activo cuatro novelas: *El Cristo negro*, ambientada en la época colonial, *El señor de la burbuja* (1927), *Ingrimo* (1970) y *Catleya Luna*. Se ha dicho que la obra de Salarrué no cabe dentro de los estrictos moldes del criollismo costumbrista y más bien pertenece al post-modernismo. Al tratar de ella, Hugo Lindo señala que “como una constante que otorga unidad a las más dispares producciones (de Salarrué) se encuentra su visión filosófica de tipo francamente esotérico” y Acevedo, el historiador más reciente de la novela centroamericana, concluye, tras haber estudiado minuciosamente estas obras: “Salarrué es un escritor tan personal que resulta inclasificable: parte en sus novelas de un modernismo quintaesenciado que, guiado por su propia intuición poético-filosófica, conduce con toda naturalidad, a la novela. Hasta ahora se le ha reconocido como excelente cuentista, lo que no debe impedir que también se le valore como el iniciador de la novelística salvadoreña y uno de los cultivos más originales del género en Centroamérica”.

De poco menores que el primer auténtico novelista salvadoreño, son los integrantes del cuarteto que sigue: Napoleón Rodríguez Ruiz, Hugo Lindo, Cristóbal Humberto Ibarra y Ramón González Montalvo. El primero es, quizás, el novelista más conocido en El Salvador: su novela *Jaraguá*, “lenta, de suma objetividad, detalles, detenidos comentarios y lenguaje llano” es muy difundida y se lee en las escuelas. Hugo Lindo, abogado, político, diplomático, poeta, ensayista e intelectual a tiempo completo, nos ha dado tres novelas: *Justicia*, *señor*

Gobernador, *El anzuelo de Dios*, *Cada día con su afán*. A pesar de sus indiscutibles cualidades de narrador, de su gran cultura, de su estilo ameno, no ha tenido el éxito de otros autores de menor estatura. Su técnica moderna no siempre rescata un contenido escasamente vinculado con la realidad nacional: conocido y apreciado como persona, como figura descolante en la vida intelectual de su país, como hombre de sólida y brillante trayectoria, no ha logrado "pegar" como novelista. González Montalvo (1908) es autor de dos novelas: *Las tinajas* (1950) y *Barbasco* (1960), ambas de prosa expresiva, estilo brillante y densas intrigas que "reflejan el ambiente duro y violento del campo salvadoreño". Representantes de esta generación literaria son también: Cristóbal Humberto Ibarra, autor de *Temblederales* (1960) y J. Edgardo Salgado, autor de *Vidal Cruz*, novela con abundantes personajes, ambientada en el clima del cafetal santaneco y que toca, a veces, con lo social.

Una autora cronológicamente intermedia entre los mencionados novelistas y los propiamente contemporáneos, es Claridad Alegría, que en colaboración con su marido, el norteamericano Darwin Flakoll, escribió *Cenizas del Izalco* y más tarde, por su cuenta, *Album de familia*, que lleva como eje central la toma del Palacio Nacional en Managua por los sandinistas, en vísperas del derrocamiento de Somoza. *Cenizas del Izalco* revela, sobre todo desde el punto de vista de la técnica, cierto afán de renovación, de "novela moderna", aunque, sumándolo todo, no marque ningún hito.

"La generación del 56", a excepción de Manlio Argueta, se caracteriza por ser un grupo de poetas escribiendo narrativa. Esta circunstancia donde la narración fácilmente se convierte en una extensión de la poesía, sin duda ha conllevado una limitación de perspectiva. Por ejemplo, aparte de *El valle de las hamacas* de Argueta, se trata de novelas de poetas que escriben sobre su vida de "elite cultural," sobre los problemas que les acarrea la militancia política. Sin embargo, entre sus logros podemos mencionar la relativa recuperación del paisaje urbano, la exposición de las contradicciones del creador literario en un país dependiente. Las principales novelas son: *Pobrecito poeta que era yo*, de Roque Dalton, *El valle de las hamacas* y *Caperucita en la zona roja* de Manlio Argueta. Además están los libros de cuentos de Alfonso Quijada Urias: *Otras historias famosas* (1976) y *La fama infame del famoso atrida* (1979), los cuales abren nuevas posibilidades a la narrativa por medio del tratamiento de personajes obreros y lumpenproletarios". Hasta aquí Horacio Castellanos Mora. Cabe añadir a Roberto Armijo con una buena novela aún inédita, *El asma del Leviatan*, y Roberto Cea por *El valle de los pulgares amarrados*, publicada fragmentariamente en revistas suramericanas. Y, desde luego, la última novela de Manlio Argueta, *Un día en la vida*. Los novelistas de este grupo tienen ciertas características comunes: todos ellos son profesionales de la literatura, todos se orientan ideológicamente hacia la izquierda, todos plantean una problemática nacional, todos son poetas y todos se ubican en la tradición de la novela hispanoamericana contemporánea más conocida. Doña Bárbara y Vorágine —quiero decir el estilo y la poética de sus autores— quedan ya muy lejos. Basta, para convencerse de ello, analizar la obra del más conocido y válido representante de esta generación: Manlio Argueta. Sus tres novelas, *El valle de las hamacas*, *Caperucita en la zona*

*roja* y *Un día en la vida*, todas de éxito, todas premiadas, editadas en el extranjero, traducidas a varios idiomas, hacen de él el exponente más significativo de la narrativa salvadoreña de hoy, al cual los más jóvenes miran cómo, años ha, se miraba a Salarrué. Su nunca desmentida coherencia —ética antes aun que ideológica o simplemente política—, su honda sensibilidad poética, su completo dominio de las técnicas narrativas más modernas y depuradas le han convertido en el abanderado de su generación y justifican con creces un éxito que ninguno de sus predecesores ha conocido antes, sobre todo fuera de las angostas fronteras del mundo centroamericano.

Cronológicamente más jóvenes son: Horacio Castellanos Mora; David Escobar Galindo, que con la novela corta *Una grieta en el agua* ganó un premio centroamericano en Costa Rica, instituido por Alberto Cañas cuando era ministro de Cultura, Juventud y Deportes. Escobar es así mismo autor de poemas, ensayos, fábulas, artículos críticos, teatro y dirige, en la actualidad, la prestigiosa revista *CULTURA* del Ministerio de Educación de El Salvador. Señalamos también a José María Cuéllar (*Los poetas*), premiado como poeta en Venezuela, poco antes de morir muy joven aún; Alfonso Quijada Urias, poeta y cuentista sobresaliente (*La infame del famoso atrida*); Manuel Sorto, cineasta, guionista y actor, actualmente reside en Méjico, Mauricio Vallejo (también fallecido), autor de una novela aún inédita y de varios cuentos que se publicaron en *La pájara pinta*.

En resumen, la narrativa salvadoreña, tanto en la rama del cuento como en la de la novela, tras inicios muy poco prometedores, se ha desarrollado, grosso modo, en dos direcciones: según una modalidad costumbrista, regionalista, verista —vivificada a veces por la presencia de una especial linfa poética— y según otra más adherente a las exigencias puestas de relieve por la novela hispanoamericana del boom. La primera tendencia culmina con Salarrué; a la segunda pertenecen, desde Hugo Lindo hasta los jóvenes de hoy, los que han dado al género los mayores aportes. Por de pronto culmina con Manlio Argueta. La producción de los novelistas más recientes, fuera tan sólo por el éxito que se han apuntado algunos de ellos, debería constituir seguro estímulo para los más jóvenes que empiezan a producir y que, pese a la situación general del país, disponen, objetivamente, de condiciones desconocidas y hasta podríamos decir insospechadas hace medio siglo. En este sentido, un cauto optimismo del porvenir parece justificarse. Es obvio que en la novela, como (aunque menos) en la poesía, es preciso depurar, seleccionar, escoger con mucho cuidado. La guerra y la paz, Luciano Loewen, David Copperfield, Los hijos Jeromin, son sin duda alguna, también novelas políticas e ideológicas y nos legan un mensaje ético. Pero son grandes novelas sobre todo por sus valores formales. Ser artista verdadero constituye el único auténtico imperativo categórico de quien se consagra al arte y esto, a veces, se olvida o se posterga bajo la influencia de una moralidad exigente y de un justificado apasionamiento. Si el camino marcado por algunos no lo repudiaran los escritores que hoy van madurando, la literatura salvadoreña podrá enriquecerse de muchas y valiosas obras de seguro quilataje artístico.

Es lo que deseamos, auguramos y esperamos.

# Taller de Letras

7